

Constituyendo la República en el Quehacer Social Andino¹ⁱ

José J. Contrerasⁱⁱ

La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, de la cual tanto nos enorgullecemos, nos dice en su preámbulo que el pueblo de Venezuela se constituye “con el fin supremo de refundar la República para establecer una sociedad democrática, participativa y protagónica, multiétnica y pluricultural...” Como sociedad “multiétnica y pluricultural” debemos entender una en la cual diversas etnias y culturas puedan desarrollarse libre y plenamente en su quehacer propio. Se entiende que ninguna cultura o etnia debe encontrarse en condición de minusvalía en relación con las otras en esta sociedad dibujada en la Constitución, así como también debe entenderse que las culturas deben reconocerse las unas a las otras en sus semejanzas y sus diferencias.

Por ello el no reconocimiento de, por ejemplo, los pueblos indígenas atenta contra la sociedad multiétnica y pluricultural. Este “no reconocimiento” se lleva a cabo, principalmente, a través de dos vertientes. Por una parte, a veces vemos a los indígenas como distintos a nosotros. En efecto, en oportunidades consideramos a los indígenas como inferiores, y por lo tanto los vemos como unos salvajitos, una especie de animalitos, que por lo tanto no merecen nuestro respeto. En otras oportunidades vemos a los indígenas como iguales a nosotros y no somos capaces de entender que tienen visiones del mundo distintas y que su concepción y relación con el mundo difiere radicalmente de la nuestra. Al no reconocerlos como distintos, no les respetamos sus creencias y sus actitudes e incluso promovemos el cambio de las mismas, muchas veces sin ni siquiera darnos cuenta que lo estamos haciendo.

De este modo, podemos entender que la formación de una sociedad “multiétnica y pluricultural” significa reconocer a los indígenas y reconocerlos como seres humanos con creencias y visiones del mundo que, aunque son distintas a las de los criollos, deben ser

¹ Revista *Question*. Mayo 2004. Agencia Latinoamericana de Información y Análisis 2. Caracas.

respetadas en sus diferencias. Esto podrá escribirse fácil pero implica la difícil tarea de entender que existen otras visiones del mundo distintas a las nuestras con sus lógicas propias y problemáticas internas.

Ahora bien, si el problema del reconocimiento es difícil con los pueblos indígenas actualmente existentes que han logrado mantenerse a cierta distancia de la sociedad criolla, con sus lenguas, trajes y costumbres propias, imagínese cómo será de difícil conformar una sociedad de culturas que no logran reconocerse en sí mismas como pueblos pero que viven y conviven conformando nuestra venezolanidad. Por ejemplo, ¿será posible que los andinos reconozcamos nuestra andinidad como cultura y resistamos la homogeneización que, tanto desde el centro del país como desde el centro del mundo moderno, se nos ha ejercido desde hace, por lo menos, más de un siglo para conformarnos como similares a los caraqueños, a los parisinos o a los neoyorquinos?

Nuestro ser andino es un ser campesino. La hostilidad de la ciudad es omnipresente en contra del campesino y lo es porque los ciudadanos piensan tener una mejor visión del mundo, piensan tener más conocimiento, piensan tener más verdad, piensan, a fin de cuentas, ser superiores, ser seres superiores a esos bárbaros, semi-salvajes, “tierrúos”, “camporusos”, campesinos, que ni desodorante usan. Seres despreciables que parecen estar en niveles inferiores de la escala evolutiva, que todavía viven apegados a la tierra y que ni a Internet acceden, ¡so ignorantes!.

Esa hostilidad que le genera la ciudad, esa hostilidad que atenta contra lo que el campesino *es*, es aún más hostil por una razón básica: el campesino, en especial aquel que migra a la ciudad, se cree el cuento, se cree un ser inferior y reniega de su ser campesino.

Pero resulta que el campesino andino vive en su mundo y en él todo tiene sentido. El campesino andino podrá no saber donde queda Egipto o Argentina, podrá jamás haber visto un dólar y podrá no tener teléfono celular pero conoce muy bien su mundo. Conoce a la

perfección el mundo aledaño a la aldea, quien vive en cada casa, de que familia son, en que tiempo debe sembrarse y cosecharse, en que tiempo debe brindarse las ofrendas a San Isidro. Su mundo es suyo, vive en él y está en casa, todo tiene sentido.

Para el campesino todo es un don que hay que agradecer. No es que el árbol se siembra industrialmente para extraerle todos sus beneficios y luego cortarlo. No, el árbol, la hortaliza, el terreno, se cuida y se siembra. La cosecha no es recoger el “producto”, la cosecha es recibir los dones y eso hay que agradecerlo. Se reciben los dones y se agradece a San Isidro con paseos en los que se le ofrendan las primicias, se le hace una misa, se le prenden velas, se le hace una fiesta, para celebrarle y agradecerle. San Isidro es tierra, la tierra que se ofrenda en la siembra y en la cosecha, y a la que debemos retribuirle los dones que nos brinda. Tierra que se encumbra en los aires y se convierte en Páramo y en nubes. La tierra y los aires son lo mismo, porque en el páramo se encuentran y se asemejan, se hacen uno.

También hay que agradecer a San Benito, a La Candelaria, a San Rafael, porque ellos brindan el agua, el agua buena. En los diferentes pueblos pueden variar los santos, pero lo que no varía es que haya un santo asociado al agua. Se le ofrenda al santo en agradecimiento por el agua. El agua que corriendo por la acequia riega los campos y alimenta la casa. El santo se pasea, se le hace su fiesta, se le sube y se le baja, se le baila, y se le hacen sus ofrendas porque hay que ser agradecido por los dones recibidos. También se le ofrece café, granos y cacao a la Laguna para que en agradecimiento haga buen Páramo.

Tierra y agua, Páramo y Laguna, Arriba y Abajo, todas ellas ubican al campesino andino en su mundo pleno de agradecimiento. Cuando no se agradece al agua, a la Laguna, San Benito se pone bravo, pero, ¿quién no se pone bravo con un malagradecido?, no es que San Benito sea malo, es que al malagradecido no vale la pena darle nada, no se lo merece y así el río se crece y se lleva la siembra y, a veces, hasta la casa.

El agradecimiento se vive en comunidad. Se cosecha entre todos, la familia, los compadres y los amigos. Todos aplican un convite, la “mano e’ vuelta”, y todos recogen la cosecha de cada uno. No se cobra por eso, pero todos quedan agradecidos. Todo es un don, todo se agradece, todo se devuelve con otro don por agradecimiento. Al malagradecido se le castiga no dándosele y hasta puede ser que se le quite algo, por malagradecido, él mismo se lo buscó. Aunque el malagradecido siempre esta a tiempo de agradecer e intentar restaurar su relación con la comunidad.

Grosso modo, ese es el mundo campesino, coherente, todo relacionado con todo, y en donde todo es un don por agradecer.

Del lado contrario nos encontramos con la ciudad. La ciudad es individual. Todo individuo tiene derecho a escoger su forma de vida como mejor le plazca. La sociedad es un agregado de individuos que buscan, cada uno según sus escogencias, satisfacer sus preferencias. La sociedad le es al individuo una especie de mina de recursos a la que hay que explotar para obtener el mayor beneficio. El mejor ejemplo de ello lo es la sociedad de mercado en la que los individuos se encuentran en una continua relación de compra y venta tratando de obtener el máximo beneficio del otro en toda relación. En la ciudad, el individuo se le presenta a los otros individuos como un recurso para satisfacer sus preferencias o como una amenaza a la que, de ser posible, habrá que eliminar.

Para la ciudad la naturaleza es un recurso para explotar y obtener toda la energía que ella puede generarnos. Se procura la eficiencia y la eficacia, el mayor beneficio con el menor costo. Así, se envenena la siembra para que no le caigan bichos, se cumple horario, se vive rodeado de desconocidos provenientes de otras zonas geográficas. El trabajo es alienado, se produce no se sabe exactamente para qué, ni para quién. El compañero de trabajo, no es el compadre, ni el hermano o primo, todos trabajan individualmente, unos procuran “serrucharle” el puesto al otro, ¡cuidado este es jíbaro! y el otro choro... El agua se usa y se gasta y malgasta. Y además se supone que este mundo de ciudad es superior y

mejor al campesino y todos los creemos, hasta el campesino lo cree cuando ve los espejitos de la ciudad, sus automóviles, sus teléfonos y sus colores brillantes, tan brillantes que encandilan. ¿Cómo puede entrar el campesino a este mundo?...

Nótese por ejemplo el caso de la ciudad venezolana de Mérida con su acelerado crecimiento. En efecto, desde el Siglo XIX hasta 1952 lo único que muestra Mérida de distinto es el aeropuerto, la Avenida Urdaneta y Campo de Oro, más nada... Seis avenidas y unas treinta calles que se extendían desde Milla hasta El Llano. Ya en 1960 nos encontramos con La Hoyada de Milla y con la subida de Los Chorros. En 1970 se une Mérida a La Parroquia a través de la Avenida Andrés Bello, se construye el primer viaducto y se une a La Otra Banda. En esa misma década la Carretera Panamericana pasa a ser una avenida perimetral y comienza el desarrollo de la urbanización Humboldt y la expansión urbana hacia La Pedregosa. En los años ochenta ya Mérida se encuentra unida a La Pedregosa, La Parroquia, Ejido, Zumba, El Rincón y Los Curos. Todas estas zonas y aldeas campesinas hacia los años sesenta... Sólo pasaron treinta años para que estas poblaciones se vieran cambiadas radicalmente de zonas campesinas a barrios urbanos.

A esto debe sumársele que durante esta etapa no sólo se vieron afectadas las condiciones de vida de estas poblaciones campesinas, sino que también fueron muchos los campesinos que migraron desde diversas regiones andinas a la ciudad de Mérida, y a otras ciudades, en búsqueda de “mejores” condiciones de vida. Todo ello en concordancia con el discurso político modernizador del momento que veía progreso y desarrollo en la urbanización del país y en la disminución del campesinado nacional.

El resultado es ya de todos conocidos... No logramos convertirnos en un país desarrollado, ni logramos brindar estándares aceptables de vida a la mayoría de la población, no logramos educarlos bien, ni logramos crear una economía capitalista dinámica, ni un buen sistema de salud, etc., etc., etc. Lo que sí logramos fue crear esos inmensos cinturones de miseria, y crear muchas ficciones que nos permiten engañarnos a

través de la televisión y la publicidad para creer que vivir en ciudad es “cool” y que vivimos mejor que antes, porque andamos en busetas en vez de bestias.

Todo lo anterior son sólo muestras de un daño aún peor que hemos vivido y que es la destrucción de nuestro piso cultural. Piso cultural que permitía que en la vida todo tuviera sentido. Para el campesino andino todo tenía sentido, todo lo veía como un don por agradecer. El campesino sabía lo que tenía que hacer y lo sabía bien, sembraba la papa de año y también la hortaliza para el día a día, cuidaba las gallinas y agradecía a San Isidro, a San Benito, La Candelaria y San Rafael por los dones recibidos. Todo se agradece porque los dones trascienden a ellos mismos, trascienden a la comunidad hasta llegar a los santos. En la ciudad, por el contrario, nada es trascendente, todo se consume de forma inmanente según la preferencia del individuo. Nada tiene sentido más allá de su uso por parte del individuo particular.

Por su parte, el campesino que migra a la ciudad todavía mantiene algo de eso y quizás puede entender muchas cosas que les rodea como formas de agradecimiento. En todo caso, siempre recuerda el campo de donde vino, y de vez en cuando, puede volver a visitar a los familiares que aún tiene allá para sentirse en casa.

Estos campesinos, que viven en ciudad, crían a sus hijos según sus creencias y su cultura andina, pero estas nuevas generaciones ya no son de allá. La cultura campesina, les es en parte propia, pero también les es postiza, les es ajena, son extranjeros. La ciudad por su parte se encarga de minar las pocas fuentes de sentido que tienen. El rezandero es un brujo mal visto; la ropa debe tener escritos en inglés; el que siembra la tierra es un “camporuso”; los blancos son superiores a los morenos... ni se le ocurra pensar que tienes sangre indígena; que raya vestirse de “jiro” para bailar a San Benito; escuche la música de Britney y no a ese grupito “tierrúo” de El Vigía; intente levantarse a un sifrinito de la ciudad que tenga carro para que te lleve a la discoteca; imite la forma de ser de los muchachos de la ciudad; hay que usar ropa chévere, cueste lo que cueste...

¿Qué podemos hacer? No es sencillo contestar esta pregunta... Que la Constitución Bolivariana diga que nos refundamos en sociedad pluricultural es una cosa, que lo seamos, otra... La sociedad pluricultural no se decreta, tenemos que hacerla en nuestro quehacer. Nuestra andinidad ha sido maltratada y derruida y si ella aún resuena en nosotros no debemos esperar por un Estado que la reconstituya. Por el contrario, debemos empezar nosotros, en nuestro quehacer a rehacerla socialmente. El maltrato cultural ha sido muy profundo y no existe manera de que podamos devolvernos al pasado para revivir la época del Ande campesino. Pero lo que sí podemos hacer es empezar por respetar, simplemente respetar, lo andino campesino que hay en todos nosotros. Comprendamos lo andino como una forma cultural que es parte de nosotros, tanto del campesino, como de los urbanos que somos hijos, nietos o bisnietos de campesinos. Entendamos que lo campesino es un don que llega a nosotros de nuestros ancestros y que debemos agradecerle porque es parte conformante de nosotros. O acaso a veces, soterradamente, ¿no creemos más en el yerbatero ante un mal de ojo que en un doctor titulado de la ilustre Universidad de Los Andes?.

Puede ser que esto parezca tonto, imposible o utópico y, en efecto, lo es... En fin, ¿qué podemos hacer nosotros contra esa fuerza homogeneizadora urbana que nos presenta lo andino campesino como cosa de pendejos (de gochos), a través de, por ejemplo, la televisiónⁱⁱⁱⁱ? Seguramente no mucho, pero si lo vemos con racionalidad de triunfo y éxito quizás erramos en la actitud apropiada. No se trata de reconquistar la ciudad para hacerla campestre, eso es imposible y hasta estúpido. El quehacer es más tímido y menos pretencioso, más campesino, quizás. Se trata de mantener vivo el mundo campesino, y para ello vivir el mundo del modo campesino, del modo del agradecimiento fundamental, sembrarlo, cultivarlo, cuidarlo. Si eso fuese posible, si lo fuese, podríamos resistir a la homogeneización urbana... De otro modo, sucumbiremos, y terminaremos de convertirnos en recursos explotados y explotadores de la mina de la ciudad. Pero, si sucumbimos,

traicionaremos el espíritu pluricultural que impregna, e impulsa a, la Revolución Bolivariana.

ⁱ **Nota Preliminar:** Este artículo está dirigido principalmente a venezolanos andinos, sin embargo, puede ser de interés para cualquier lector interesado en el pluriculturalismo.

ⁱⁱ Cursante del Programa de Doctorado en Ciencias Aplicadas. Mención Sistemología Interpretativa. E-mail: joaquin@ula.ve

ⁱⁱⁱ La telenovela “La Cuaima” de RCTV es actualmente un buen ejemplo de ello. La gochita pendeja se va a la ciudad para hacerse urbana dejando su timidez andina y evolucionando en una... “Cuaima”, una mujer que explota y manipula a los demás, en especial a sus parejas.